

El verano de López-Aliaga (o cómo se forma una novela)

Todo se remonta a octubre del año pasado, cuando rodeado de visiones milenaristas, innumerables acacias de mundo que resaltaron todo un flanco, yo daba por terminada la primera versión de "El verano del ángel". La incertidumbre de lo que representaba un fin de siglo que, después nos enteráramos, se trataba sólo de un poco heroico cambio de siglo, se mezclaba con la total incertidumbre respecto de la novela que acababa de terminar y que en realidad, y a lo呈presente, sólo estaba empiezaendo. Literalmente no sabía lo que había escrito. Creo que mi única intención era escribir algo que iluyera, con cierta plasticidad, alcanzar una simplicidad de estilo que, por supuesto, ameritaba la mayor laboriosidad "escultórica" en la que hasta entonces me había embarcado. Quería, en el fondo, con toda la pretensione del mundo, lo mismo que Flaubert: "lo que yo quisiera hacer -decía el francés- es un libro sobre nada, un libro sin ataduras exteriores, que se sostenga a sí mismo por la fuerza interna de su estilo, como la Tierra que sin sustento se sostiene en el aire...". Yo quería nada más que eso. Nada menos. De manera que cuando me encontré con el primer borrador de "El verano del ángel" entre las manos, prácticamente no sabía de lo que se trataba. Mi incertidumbre era absoluta y en un arrebato mundano y cosmopolita, seguro jugando un poco a ser Hemingway, decidí partir a Italia para leer mi manuscrito con cierta distancia y, quizás, otorgarle un siveollo de sofisticación y cultura al bar Panamericano y a su troga de barbudos habitantes. Aunque quizás sólo estaba pensando en Lucio Leceras, el padre de uno de los protagonistas de la novela que, como se dice aquí dentro, era "amante de los romances al punto de aceptar gustos", con una sonrisa de plenitud, que la tía Aurelia lo llamara bruto". Así me instalé en Roma entonces y, la verdad sea dicha, lo más culto y sofisticado que hice en la ciudad eterna fue ir al Olímpico a ver un partido de Marcelo Salas. Y creo que fue esa misma tarde de domingo, después de gritar los goles de la Lazio, que se me ocurrió llamar a Bologna para saludar a Leonardo Boccarin. Le conté emocionado lo de mi experiencia futbolera y él, a larguísima y sobradísima distancia, me comentó que ese era el típico sueño de empleado público chileno, ir a Roma para ver jugar a Salas. Como para no decir demasiado en su estima, le comenté entonces que, bueno, también andaba trayendo una novela. Ahí como que el asunto le impidió a interesar un poco más al doctor Boccarin y hasta se dignó a invitarme a su palacio medieval, en la vieja y cultívata Bologna. Detallar lo que ocurrió en aquellas jornadas bolonienses daría para escribir todo una novela que, pensándolo bien, quizás escrita algún día. Tanto decir, por el momento, que lo que iba a ser una prolongada visita de tres días, se transformó en una productiva, intensa y encantadora "pagada en la pena" que duró un mes y medio. No solo terminó la novela, diría que la vivimos. Y la bostezamos, claro. Hacían allí, aterradoras de un vino-francés de muy buena calidad, conex personalmente a los personajes de la novela, entendí su trama, a fin de cuentas.

A modo de relato breve y subversivo, es el propio autor de "El verano del ángel" (Editorial Delmén) quien nos explica el largo periplo de escribir y publicar una novela. "Casi pude parar en mi anatomía un órgano que me impulsó a escribir".

Quizás si mi diario aporte a la humanidad finalmente reya por donar a la ciencia ese órgano, el diario que conservo en busca estable", afirma Luis López-Aliaga, colaborador de EL SUR.



compartí con Boccarin y cuya pluma asumió solito, con toda la irresponsabilidad del mundo. Porque al fin de cuentas, parafraseando un poco a Borges, otros estarán orgullosos de los libros que han escrito. Yo, más que nadie, estoy orgulloso de los amigos que he ganado.

Adolfo, por ejemplo, sino que hablamos "con" don Adolfo, el mismo que ustedes podrían considerar si se animan a leer la novela. La incertidumbre que me había llevado hasta Italia en gran parte había desaparecido. Volví entusiasmado a terminar el verano antes de que el verano terminara, no sé si me explico. La idea era trabajar las iluminaciones que teníamos en los salones del palacio medieval y de ahí, en marzo, iniciar el odioso proceso de negociar con las editoriales. En esto estaba, cuando una católica tarde de enero se materializó en la puerta de mi casa el personaje de este cuento y, como ya dije, autor de la novela. Leonardo Boccarin me informó, todo flacuchento y chispeante, que se había convertido nada menos

que en editor de una colección de narrativa que pretendía iniciar Delmen y que estimaba que yo era el consejero de indias ideal para caer en la trampa. El proyecto sonaba bonito, pero la verdad es que uso en esto del mundo editorial se convirtió sólo un par de libros en perder la inocencia (digamos que mi virginidad había quedado descartada en algún pasillo de la editorial Grijalbo Mondadori), así es que fui la jiribilla: "una cosa es la amistad, le dije convencido, y otra son los negocios". Escandalosa mentira, claro, porque al cabo de unas cuantas bocanadas de vino (obra de notoria mejor calidad, gracias al gentil auspicio de Patricio Tapia) terminé embarcándome en la aún incipiente Colección Barbacan. Mal que mal la novela trata un poco de eso, de la arquitectura de los sueños, digamos, de la alabardería que nos permite erigir lo que no existe. Y es también una novela de amistad, por cierto. La amistad que nos impulsó a seguir con nuestro imaginario a cuentas, a resistir a la fragilidad de la existencia. Teníamos un proyecto en cuentas, nuestra pequeña y medieble utopía, nuestro propio taller de pintura,

para volver a la novela que nos retira, y de ahí en más sólo quedaba empujar el clavetazo, el estacado, el trabajo sucio, el fin de cuentas. Se inició una etapa distinta, entonces, en la que el autor del mítico "Sashimi Salmón" asumía implacablemente su recién estrenada condición de editor. Creo que justa por esas fechas Boccarin había leído algunas biografías del hiperviviente editor Giacomo Einaudi, lo que derivó en otros contratiempos para mi paciencia, pero sospecho que en claros beneficios para la novela. Luego mi editor volvió a Italia y yo, flasante, creí que conservaban mis vacaciones. Nada, el trabajo siguió con más intensidad aún, gracias a la maravillosa maldición de la cibernetica, que nos permitió abordar en temas tan apasionantes como el uso de la palabra Japon, la plasticidad de los números artificiales o la encantadora sociedad de las comillas. Llegamos al fondo de las cosas, como pedía Celina, y donde ese fondo que aún nos evita visualizar con claridad fue que extraímos esta novela cuyos méritos comparto con Boccarin y cuya pluma asumió solito, con toda la irresponsabilidad del mundo. Porque al fin de cuentas, parafraseando un poco a Borges, otros estarán orgullosos de los libros que han escrito. Yo, más que nadie, estoy orgulloso de los amigos que he ganado.

El verano de López-ALiaga [artículo] Luis López Aliaga Roncagliolo.

Libros y documentos

AUTORÍA

López-Aliaga, Luis, 1966-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El verano de López-ALiaga [artículo] Luis López Aliaga Roncagliolo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)